

—He aquí, dijo, el primer mes de vuestros honorarios.

—Pero, caballero...

Mas el discípulo insistió diciendo que no tenía el honor de ser conocido, y que, por consiguiente, era justo que pagase adelantado. El Sr. Joyeuse comprendió que Passajon había enterado al joven de su precaria situación, y dijo á media voz y muy conmovido:

—¡Gracias, oh, mil gracias!

Ya tenía para vivir algunos meses, y con tiempo para buscar un nuevo empleo, sus hijitas no carecerían de nada y podría comprarles los tan de-

seados aguinaldos. ¡Oh Providencial

—Pues bien; hasta el miércoles, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles, señor...

—De Géry. Pablo de Géry.

Y ambos se separaron, encantados, deslumbrados, el uno por la inesperada aparición de aquel salvador, el otro por el admirable cuadro, que apenas había entrevisto, formado por toda aquella juventud femenina agrupada alrededor de la mesa cubierta de libros, cuadernos, madejas, y que tenía tal aire de pureza y de honradez, que hacía desear vivir en aquel tranquilo hogar.



## II

## Los días de felicidad.

Y ahora, amados lectores, si queréis presenciar escenas de afecto sincero, sin engaño; si queréis escuchar risas, de aquellas risas que llegan á hacer llorar de felicidad, encontraréis todo esto en la mañana de un domingo, en una casa nueva que no os es desconocida, allá, al final del antiguo boulevard. El muestrario colocado en la puerta es más brillante que de costumbre, y por las ventanas se oyen alegres gritos.

—Recibido; está recibido... ¡Oh! ¡Qué suertel... Enriqueta, Elisa, venid corriendo... El drama del Sr. Maranne está admitido.

Desde la vispera, Andrés sabía la buena noticia, pues el director de *Novedades* le había mandado llamar para decirle que se iban á repartir los papeles de su drama, y que se pondría en escena al mes siguiente. Pasaron la tarde hablando de las decoraciones y accesorios, y como á la vuelta del teatro era demasiado tarde para llamar en casa de sus vecinas, el feliz autor había esperado el amanecer con febril impaciencia, y en cuanto oyó andar y abrir las persianas, bajó apresuradamente para anunciar á sus amigos la grata nue-

va. Estaban todos reunidos, las niñas con sus vestidos de mañana y los cabellos recogidos de cualquier modo, y el Sr. Joyeuse, sorprendido por su vecino afeitándose, enseñaba debajo de un gorro bordado su cara rasurada de un lado y enjabonada del otro. Pero el más conmovido de todos era Andrés Maranne, pues ya sabéis, queridos lectores, que la recepción de *Rebelión* era para él el cumplimiento de un deseo conocido de Abuela. El pobre muchacho la mira como para buscar en los ojos de la joven el ánimo de que carece; y esos ojos, un tanto burlones, pero de bondadosa mirada, parecen decirle: «Probad. ¿Qué arriesgáis?» El pobre muchacho mira también, para envalentonarse, á la señorita Elisa, linda como una flor, con sus largas pestañas que velan sus ojos. En fin, Andrés tomando su partido:

—Sr. Joyeuse, dijo con temblorosa voz, tengo que comunicaros una cosa muy grave.

—¡Ah, Dios mío! replicó admirado el anciano; me asustáis. Y bajando la voz repuso: ¿Cree usted que están demás las niñas?

—No. Abuela sabe de lo que se trata

y la señorita Elisa debe sospecharlo. Las pequeñas...

Enriqueta y Zaza se retiraron; la primera con aire majestuoso y enfadado, y la segunda pudiendo apenas disimular la risa que retozaba por su preciosa cara.

Siguióse entonces un largo silencio, y luego el enamorado comenzó su relación.

Se conocía, en efecto, que la señorita Elisa sospechaba de lo que se iba á tratar, pues desde que el vecino empezó á hablar con su padre sacó de su bolsillo la *Historia de Francia* y se puso á estudiar, por más que el libro temblaba entre sus manos. Y había para qué temblar ante la sorpresa y el disgusto del Sr. Joyeuse cuando Andrés le pidió la mano de Elisa.

—¿Es posible! exclamó el anciano. ¿Sin estar yo enterado? ¿Quién hubiera nunca creído tal cosa?

Luego, de repente, el buen hombre suelta una gran carcajada.

—Vamos, no os turbéis; ya hace mucho tiempo que sé yo también de lo que se trata, pues estoy perfectamente al corriente de la situación.

El padre lo sabía todo. Abuela, pues, les había hecho traición.

Ante las miradas de reproche que se fijaron en ella, la culpable se adelantó sonriendo:

—Sí, amigos míos, soy yo. El secreto era demasiado pesado, y no he podido guardarlo sola. Además, papá es tan bueno, que nada se le debe ocultar.

Y hablando así, salta al cuello del señor Joyeuse, pero el sitio es bastante grande para dos; y cuando Elisa se refugio allí á su vez, aun tuvo el anciano una mano que tendió afectuosa y paternalmente hacia el joven, á quien consideraba como si fuera hijo. ¡Apretones silenciosos, largas miradas que se cruzan conmovidas ó apasionadas! ¡Dichosos momentos que se quisieran detener para siempre! Hablaron y se rieron todos recordando ciertos detalles, y el señor Joyeuse contó qué aquel secreto le había sido revelado por los espíritus un día que se hallaba solo en casa de Andrés. —¿Cómo van los negocios, señor

Maranne? preguntaban aquéllos, y él mismo respondió en ausencia del joven:—No van del todo mal, señores espíritus. Y era menester ver con qué malicia refería esto el padre, mientras que Elisa, confusa al pensar con quien había conferenciado aquel día, ocultaba su cara recostándose contra su padre.

Después de estas primeras emociones se habló con más formalidad. Andrés Maranne no era rico, pero el anciano cajero no tenía felizmente ideas de grandeza. Se amaban los novios, son jóvenes, honrados y gozan de buena salud; es un hermoso dote que no costaría mucho registrar en casa de un notario. La nueva pareja se instalará en el piso superior, seguirán con la fotografía, como no sea que *Rebelión* dé mucho dinero. En todo caso, el padre vivirá siempre cerca de ellos; pues tiene ahora una buena colocación en casa de un agente de cambio y es perito en algunos negocios en que entienden los Tribunales. Con tal que su buque navegue siempre en las mismas aguas, irá bien con la ayuda del viento y de la buena estrella.

Una vez resueltas tan grandes cuestiones, llamaron á las dos que se habían retirado. No les dijeron nada de la próxima boda para no llenar sus cabecitas de pensamientos que no convenían á su edad, pero sí que se apresurasen á vestirse para ir á pasar la tarde en el bosque de Boulogne, en donde Maranne les leería su drama antes de pasar á Surresne á comer una fritada en casa de Koutzen, y todo esto en honor de la recepción de *Rebelión* y de otra cosa que sabrían más tarde.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y qué es? preguntaban ingenuamente las dos niñas.

—Bueno, bueno, señoritas; más tarde lo sabréis. Id pronto á vestiros.

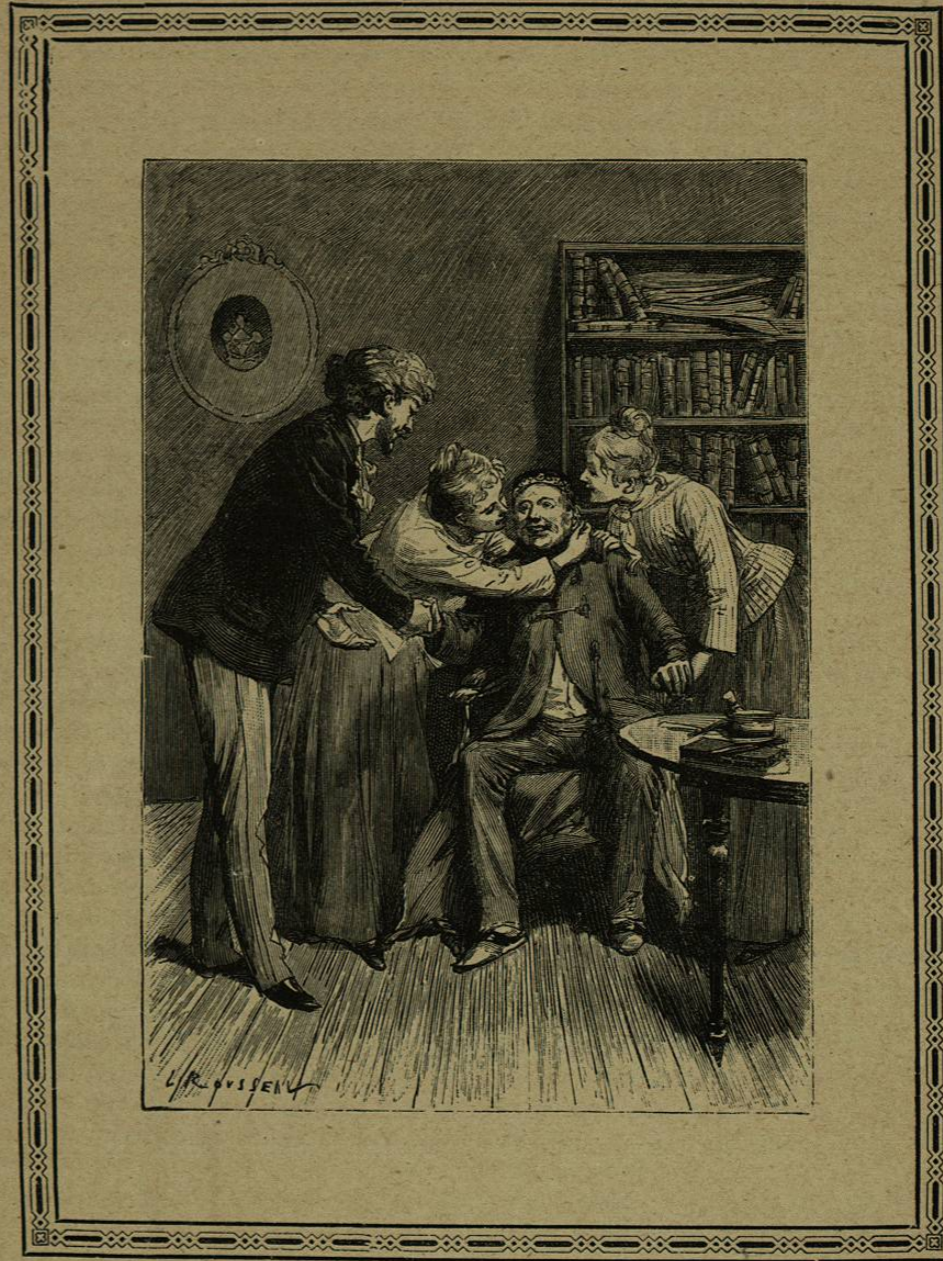
Entonces empieza otra escena.

—¿Qué vestido nos ponemos, Abuela! ¿El gris?

—Abuela, falta una cinta en mi sombrero.

—Abuela, hija mía, ¿no tengo ninguna corbata almidonada?

Y durante diez minutos no dejan en reposo á la encantadora Abuela. Cada cual necesita de ella, pues es la que dispone de las llaves, la que distribuye



El anciano estrechó la mano del joven.

la bonita ropa blanca encañonada, los pañuelos bordados, los guantes, todas esas minuciosidades, en fin, que salen de las cajas y de los armarios, y que, extendidas encima de las camas, esparcen en la casa la alegría de los días de fiesta; alegría sólo conocida de los que trabajan, y que se renueva cada semana, según la costumbre del pueblo. El domingo, día tan largo para los mundanos y para los parisienses del boulevard, de quienes descomponen sus costumbres, es el que constituye para muchísimos seres la única recompensa de los desesperados esfuerzos de seis días de penosas labores. Ni la lluvia ni el granizo les impide salir de su ahogada vivienda; y si es en la primavera, si un alegre sol de Mayo alumbraba aquel día y pueden vestirse con colores vistosos, ¡oh! entonces el domingo es la fiesta de las fiestas.

Para conocerlo bien es preciso verlo, sobre todo en los barrios de los trabajadores, en aquellas sombrías calles que ilumina y que se ensanchan después de cerradas las tiendas, dejando el sitio escueto para los corros de los niños, bien lavados y vestidos, y para los juegos al aire libre, mezclados con el alegre bullir de las golondrinas que aletean en bandadas y van á cobijarse á algún sotechado del viejo París. Es preciso verlo en los arrabales populosos, fabriles, en los que desde por la mañana se le siente dominarlo todo, en el silencio de las fábricas, en el ruido de las campanas y en el silbido agudo de las locomotoras, que parece en los alrededores un canto de marcha y de libertad. Después de ver esto se comprende y se desea aquel día.

Domingo de París, domingo de los trabajadores y de los humildes, yo te bendigo por todo lo que das de alegría y de alivio al obrero valeroso y honrado, por la risa de los niños que te aclaman, por el orgullo de las madres felices al ataviar á sus pequeñuelos en honor tuyo, por la dignidad que conservas en la morada de los pobres, que en tu obsequio sacan el aseado y glorioso vestido guardado en el fondo de una vieja cómoda desven-

cijada; te bendigo, sobre todo, por la superabundante felicidad que llevaste aquella mañana á la gran casa nueva en el extremo de aquel antiguo arrabal.

¡Qué grande era el placer de nuestras encantadoras niñas!

Terminada la *toilette*, almorzaron de pie, y comenzaron á ponerse los sombreros delante del gran espejo de la salita. Abuela lo miraba todo, prendía aquí un alfiler, allá hacía un lazo ó componía la corbata de su padre. En el momento en que iban á salir llenos ya de impaciencia por gozar de aquel hermoso día, un campanillazo vino á turbar la fiesta.

—¡Qué fastidio! exclamaron las niñas.

—Si no abriésemos la puerta sería mucho peor.

Pero soltaron un grito de alegría viendo entrar al que era ya el amigo Pablo, el Sr. de Gery.

—Pronto, pronto, venid que os digamos lo que ocurre.

No sabían que aquel joven estaba enterado antes que ellos de la recepción del drama, pues bastante trabajo le había costado conseguir que lo leyera el director del teatro; más se guardó muy bien de hablar de su intervención en aquel asunto. En cuanto al otro acontecimiento, del que no decían una palabra á causa de las niñas, lo adivinó por la alegría que se dibujaba en la cara del poeta, cuyos cabellos estaban tiesos, en fuerza de mesárselos, lo que era en él señal de contento, y también por la cortedad de Elisa y por el aire triunfante del Sr. Joyeuse, apuesto y arrogante con su traje de los días de fiesta y lleno de placer ante la dicha de su familia.

Solamente Abuela conservaba su aspecto apacible de siempre; pero se veía en ella, en sus cuidados para con su hermana, cierto cariño aún más tierno que de costumbre, y el afán de que pareciera más linda todavía. Era cosa deliciosa ver á aquella muchacha de veinte años adornar á otra, sin envidia, sin pesar, con ese algo del amor de una madre festejando el amor de su hija en recuerdo de su pasada felicidad. Pablo, que veía todo esto, era quizás el

único que se daba cuenta de ello, y admirando á Aline se preguntaba con tristeza si habría un sitio en aquel corazón maternal para otras afecciones que la de su padre y sus hermanas ú otras preocupaciones fuera del círculo tranquilo en que Abuela presidía tan gentil el trabajo de la noche. Por fin partieron para el Bosque, y detrás de las calles enarenadas, regadas y limpias, en las que las ruedas de los coches, dando vueltas al lago, trazan todo el día un surco sin cesar recorrido; detrás de esa admirable decoración de verdura formando pared, de aguas cautivas, de rocas llenas de flores, encontraron una parte silvestre, el verdadero bosque formando abrigo impenetrable, atravesado por senderitos y arroyuelos ruidosos. Ese es el bosque de los pobres, de los humildes; el bosque pequeño en el grande.

Al ver tan encantador sitio se detuvieron al lado de un estanque, convertido en espejo bajo las doradas hojas de los árboles, cubierto de plantas acuáticas y alumbrado en algunos sitios por los rayos del sol que se filtraban á través del follaje.

Se sentaron en el ribazo, lleno ya de fina hierba, para escuchar la lectura del drama; y las lindas caras atentas, los vestidos hinchados sobre el verde, hacían pensar en un Decameron ingenuo y casto gozando una tranquila atmósfera. Para completar este bienestar y ese aspecto campesino, se veían á lo lejos, hacia Suresnes, las aspas de un molino que daban vueltas sin cesar, mientras que de la deslumbradora visión de los coches y del lujo no se dejaba escuchar más que un ruido sordo y confuso, que acabaron por no oír. La voz del poeta, elegante y dulce, se elevaba sola en aquel momento; los versos volaban, repetidos por lo bajo por otros labios conmovidos; se oían aprobaciones medio ahogadas, y hasta se vió que Abuela enjugó las lágrimas que asomaban á sus ojos al escuchar un trozo trágico.

La primera obra... *Rebelión*. La primera obra, siempre demasiado abundante, en la que el autor pone todas sus ideas, sus opiniones, apretadas como las aguas en el borde de una es-

clusa y que es á menudo la más rica, si no la mejor de un escritor. En cuanto á la suerte que la esperaba, nadie podía decirlo, y esa incertidumbre emocionaba aún más á su pequeño auditorio, pues los votos de la señorita Elisa, las alucinaciones fantásticas del Sr. Joyeuse y los deseos más positivos de Aline, tenían aquel éxito por base para la instalación del nuevo matrimonio.

¡Ah! Si algunos de aquellos que daban por la centésima vez la vuelta al lago, aburridos por la monotonía de la costumbre, hubieran apartado las ramas que ocultaban el grupo formado por tan dichosa familia, ¡qué sorpresa hubieran sentido ante aquel cuadro pero no hubieran comprendido tal vez cuánta pasión y cuánta esperanza encerraba aquel rincón de verdura.

Concluida la lectura, siguieron por una alameda estrecha y sombría. Pablo daba el brazo á Aline, y ambos andaban algo de prisa delante de los demás, y en verdad que no era la azotea ni las fritadas del tío Koutzen lo que les atraía. No; los hermosos versos que acababan de oír les habían dejado pensativos y marchaban sin conciencia del camino que seguían. Pablo no se había sentido jamás tan feliz. El brazo que en su brazo se apoyaba; ese paso de niña á cuyo compás arreglaba el suyo y este paseo por el musgo de la verde alameda, le embriagaban.

Hablando, hablando, llegaron al final de la calle cubierta de árboles, terminada por un ancho claro, desde el que se veía el movimiento de los coches y de los jinetes. Pablo acortó el paso, y envalentonado por aquel último minuto de soledad, dijo:

—Mirad.

Y presentó á la joven un marquito ovalado que encerraba un perfil sin sombrear, un simple bosquejo hecho con lápiz, en el que Abuela se reconoció, sorprendiéndose al verse tan linda y como reflejada en el espejo mágico del Amor. Algunas lágrimas se asomaron á sus ojos, sin que supiera por qué, y su corazón latió con violencia.

Él continuó:

—Este retrato me pertenece, lo he



Este retrato me pertenece...

hecho yo. Sin embargo, tengo un deseo. Quiero que me lo deis vos. Tomadlo, pues, y si encontráis un amigo más digno, alguno que os ame con un amor más profundo, más leal que el mío, os permito que se lo deis.

La joyen se repuso de su turbación, y mirando á De Gery cara á cara y con ternura, dijo:

—Si no escuchara más que mi corazón, no titubearía; pues si es verdad que me amáis como lo decís, creo sinceramente que os amo también... Pero no soy libre, no estoy sola... Mirad allá.

Y señalaba á su padre y á sus hermanas, que la hacian señas desde lejos y apresuraban el paso para alcanzarla.

—Pues bien; y yo, dijo con viveza Pablo, ¿no tendré acaso la mitad de vuestros deberes y de vuestros cargos? ¿No me lo permitiréis?

—¿De veras? ¿Habláis con formalidad? ¿No me separaréis de ellos? ¿Seré Aline para vos y siempre Abuela para las niñas? ¡Oh! entonces, dijo la buena criatura radiante de alegría, he aquí mi retrato; os lo doy... y toda mi alma con él, y para siempre.

